

# FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN COMO ESTUDIOSO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA\*

*por ROGELIO REYES CANO*

Es un honor y una ocasión de alegría para esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras y para quien ahora les habla en su nombre, participar en este homenaje a la figura de Francisco Rodríguez Marín. En primer lugar, por una razón, si así puede decirse, de estricto compañerismo, pues esta Academia tuvo la fortuna de contarle entre sus miembros, sin duda uno de los más preclaros de toda su ya larga historia al servicio de la cultura sevillana. Y también porque estamos ante una personalidad de auténtico alcance nacional en los diferentes aspectos de su variada dedicación al mundo de las letras: como periodista, como abogado, como folklorista y sobre todo como infatigable investigador en el campo de la literatura española. Una personalidad que, como es bien sabido, trasciende con mucho el ámbito local ursaonense y hasta la mayor proyección sevillana para ocupar un puesto importante dentro de la erudición literaria española. Por cierto que no es el único entre los hijos de Osuna que se relacionó con el mundo académico andaluz. Ahí está también la rica personalidad del sacerdote dieciochesco Manuel María de Arjona, maestro de Alberto Lista, de Félix José Reinoso, de Manuel María del Mármol, de José Blanco-White, y en general de toda esa fecunda generación de ilustrados-románticos sevillanos que a caballo entre el XVIII y el XIX impulsaron la creación y el estudio de las letras desde una mentalidad muy innovadora. Arjona fue, como es sabido, el impulsor de la famosa

---

\* Homenaje que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y el Ilustrísimo Ayuntamiento de Osuna celebran en el Cincuenta Aniversario del fallecimiento de Don Francisco Rodríguez Marín, el día 16 de Noviembre de 1993.

Academia Particular de Letras Humanas (de la que en este año de 1993 celebramos el segundo centenario) y el fundador, ya en Córdoba, de la actual Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

Si pongo en relación a don Manuel María de Arjona y a don Francisco Rodríguez Marín es por algo más que por su común paisanaje ursaonense. Hay entre ellos, además de su nacimiento en Osuna, no pocas concomitancias intelectuales. Y no me refiero tanto a la ideología cuanto su actitud frente al mundo de las letras pues ambos pertenecen al mundo de la erudición literaria. Entre la erudición literaria del siglo XVIII, a la que pertenece Arjona, y la de la segunda mitad del XIX, en la que se ubica Rodríguez Marín, hay importantes diferencias de método. Los eruditos del XVIII son, ante todo, buscadores de documentación literaria. Ellos tienen ante sí el reto de encontrar los viejos textos de la literatura española, algunos en trance de perderse, fijarlos, darlos a conocer con garantías textuales. Así ocurrió con el códice del *Cantar de Mío Cid*, oportunamente salvado de la desaparición, o con los viejos romances medievales. Y por eso Arjona, Lista, Mármol, Reinoso y toda esa generación sevillana se afanará en rescatar del olvido los viejos poemas de Fernando de Herrera, de Francisco de Rioja, de Juan de Arquijo... es decir de la pléyade de la Sevilla del Siglo de Oro.

La erudición de la época de Rodríguez Marín tiene ya otro sentido. Va más al análisis de los viejos textos literarios, a la acumulación de datos históricos y sociológicos que ayuden a comprenderlos, a la búsqueda de fuentes que iluminen y enriquezcan las grandes obras de la literatura española, a la elucidación de los ambientes y lugares en que aquellas obras se gestaron. De ahí la importancia que para don Francisco Rodríguez Marín y otros estudiosos de su tiempo tuvo la ciudad de Sevilla. Es realmente asombrosa la cantidad de información sobre Sevilla que acumularon estos hombres que, animados por un entusiasmo localista de recuerdos románticos (es decir, atraídos por lo que Sevilla tiene de singular) pero pertrechados por un instrumental teórico y metodológico de signo positivista (de atención al dato, de respeto al documento, de rigurosa fijación a la fuente) indagaron pacientemente en archivos y bibliotecas y exhumaron y divulgaron un arsenal de datos fundamentales para la comprensión del pasado histórico de la ciudad. José Gestoso, Joaquín y Alejandro Guichot, Joaquín Hazañas y la Rúa, Antonio María Fabié, José María Asensio, José Sánchez Arjona.... he aquí una rica nómina de autores (y no están, claro está, todos) que sentaron las bases documentales y archivísticas

sobre las que apoyar todavía hoy cualquier análisis de base científica que quiera hacerse sobre la historia y la personalidad de Sevilla. A esa larga nómina, sin duda incompleta, habría que añadir también otros nombres que desde la investigación antropológica y folklorista, como Antonio Machado Alvarez, «Demófilo», padre de Manuel y de Antonio; o desde la creación literaria de corte popularista y costumbrista, como Luis Montoto, Chaves Rey, Cano y Cueto, Más y Prat, etc... contribuyeron a diseñar una imagen de la ciudad (la del pasado pero también la de su tiempo) que en aquel entonces tuvo mucho que ver con la conciencia regionalista que animaba los ambientes intelectuales del fin de siglo, en este caso la noción de un andalucismo cultural, no político, que hay que poner en relación con lo que estaba pasando en otras regiones españolas como Cataluña y Galicia. Ese regionalismo cultural andaluz, producto tardío del Romanticismo, cristaliza de modo preferente en la exaltación de Sevilla. La riqueza histórica de la ciudad y su indiscutible capitalidad cultural de Andalucía centraron sobre ella las mayores atenciones del grupo intelectual que sustentaba esa conciencia regionalista, formado en buena medida en contacto directo con la ciudad, y propiciaron una entusiasta indagación en las fuentes bibliográficas y documentales y en el acervo folklórico y popularista que más podían contribuir al conocimiento de Sevilla y en general de Andalucía.

Es en ese contexto cultural que acabamos de diseñar (regionalismo de signo cultural, positivismo en las técnicas de investigación y estudio, entrañable amor a las cosas populares) en el que hay que ubicar la figura y la obra de Francisco Rodríguez Marín. Nacido en Osuna en 1855, cursó estudios en el Instituto de su ciudad natal que después llevó su nombre y se trasladó pronto a Sevilla para cursar la carrera de Derecho. Aunque dedicado profesionalmente al ejercicio de la abogacía, mostró desde muy joven grandes aficiones literarias y se sintió atraído por el agitado mundo periodístico de la época, muy ligado, como es sabido, a la polémica política y a la denuncia social, con una virulencia y un desenfado verbal que incluso hoy día puede sorprendernos. El joven Rodríguez Marín frecuentó con su pluma algunos órganos de orientación izquierdista y revolucionaria. Después evolucionaría desde ese radical izquierdismo juvenil hacia posiciones más conservadoras, auspiciadas en buena parte por su amistad con don Marcelino Menéndez y Pelayo.

La formación ideológica y literaria del *Bachiller de Osuna* se fragua en la atmósfera liberal del mundo intelectual sevillano de la se-

gunda mitad del XIX. Liberalismo que hacía posible las buenas relaciones y hasta la cordial amistad entre autores que profesaban credos ideológicos muy diferentes. En ese sentido el siglo XIX es un siglo modélico. Don Benito Pérez Galdós, anticlerical y republicano, era un buen amigo de don Marcelino Menéndez y Pelayo, «católico a machamartillo», como él mismo se titulaba. Y en el Ateneo de Sevilla, entonces muy activo, convivían personajes de la más inequívoca filiación católica y conservadora, como Luis Montoto y José de Velilla, con los krausistas de la revista *El Folklore Andaluz*, fundada por Antonio Machado padre, que incluso había llegado a ser condenado por un Sínodo eclesiástico local. Había en casi todos ellos, más allá de su ideario moral o político, verdadera pasión intelectual por indagar en el acervo cultural del pueblo, y ello explica que uno de los primeros análisis serios de los corrales de vecinos lo escribiera el poeta —y notario eclesiástico— don Luis Montoto a petición del mismo Machado Álvarez. Precisamente ese tema —el mundo de lo popular— será, junto a un sostenido cervantismo, la faceta investigadora más notable de Rodríguez Marín.

Lo más valiosos de su labor (y por eso fundamentalmente lo recordamos aquí esta noche) no es su obra de creación literaria, con ser ésta importante (los libros de poemas *Suspiros*, *Auroras y nubes*, *Flores y frutos*, *Sonetos y sonetillos*, la pieza teatral *Tanto tienes, tanto vales*, etc.) sino su extensa obra de erudición, que estuvo orientada a dos objetivos principales: por una parte, la recopilación y estudio del patrimonio literario popular; y por otra, el análisis y elucidación de diversos textos de autores españoles del Siglo de Oro (Cervantes, Mateo Alemán, Lope de Vega, Barahona de Soto, Pedro Espinosa, Fernando de Herrera...) casi siempre marcados por su andalucismo o por su relación con Sevilla.

El interés de Rodríguez Marín por el patrimonio lingüístico-literario del pueblo constituye ya por sí mismo cuestión primordial dentro de su labor erudita y supone una recopilación realmente asombrosa de refranes, cantares, decires y cuentos que integran un valiosísimo corpus todavía necesitado de atención académica e intelectual, pues está pidiendo a gritos la realización de una o varias tesis doctorales. Sorprende aún hoy —cuando contamos con modernos medios de recopilación de datos para los trabajos de campo— la extensión y el cuidado que puso don Francisco en recoger toda esa valiosísima información por pueblos, campos y ciudades, anotando particularidades y variantes, preservándola para la posteridad. Títulos como *El alma de Anda-*

lucía en sus mejores coplas, *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas*, *Más de 21.000 refranes castellanos*, *Cuentos populares andaluces*, etc... dan fe de una curiosidad intelectual, un talante investigador y un interés por el mundo popular difícilmente superables. Y acrecientan por días nuestra admiración por la obra de estos eruditos decimonónicos que casi siempre con escasos medios materiales pero sobrados de entusiasmo y dedicación, fueron capaces de escribir extensas recopilaciones y valiosos inventarios que exigían, como en el caso de don Francisco, pacientes investigaciones de campo, cuando no dilatados años de entrega a la exhumación y transcripción de documentos en el silencio de las bibliotecas y archivos. La obra popularista del *Bachiller de Osuna* tiene, como toda la investigación de este tipo en la España decimonónica, un precedente sevillano. Me refiero a la labor de Gustavo Adolfo Bécquer, que fue de los primeros que recogió apuntes, dibujos, tipos y escenas de la España rural. Luego vinieron, ya con mejor instrumental científico, los folkloristas de finales de siglo, con la figura dominante de Antonio Machado Alvarez, cuyas investigaciones son paralelas a las de don Francisco. Y en la misma Sevilla había también literatos que se ocupaban de las mismas cuestiones. Ya vimos que Luis Montoto escribió un libro sobre los corrales de vecinos, Benito Más y Prat *La tierra de María Santísima*, y Manuel Cano y Cueto sus *Tradiciones sevillanas*. Todos se acercan al mundo de lo popular con notorio entusiasmo. Unos desde la creación literaria; otros, como «Demófilo» o el propio don Francisco, desde la erudición y el estudio. La influencia de este talante popularista en los grandes escritores de principios de siglo fue muy grande. Sin ellos no entenderíamos buena parte de la obra de Antonio Machado, teñida de la inquietud folklorista de su padre; ni la de Juan Ramón Jiménez, quien en su adolescencia, cuando vino a Sevilla a estudiar la carrera de Derecho, frecuentó la amistad de don Francisco en el Ateneo de la ciudad. Dentro de esa generalizada tendencia popularista de la Sevilla del fin de siglo, Rodríguez Marín cumplió un papel esencial, pues nadie hizo tanto como él por inventariar y analizar las creaciones verbales del pueblo, sentando así las bases para cualquier estudio serio que quiera hacerse en España sobre la relación entre el folklore y la literatura.

Pero don Francisco fue también un notable estudioso de la literatura culta. De todos los autores españoles del pasado al que más afanes dedicó fue a Miguel de Cervantes, con tres trabajos fundamentales, cada uno de los cuales supone por sí mismo un serio aporte al

cervantismo español: su estudio sobre *El Loaysa de El celoso extremeño*, publicado en 1901, la edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, de 1905, precedida de un extenso y valiosísimo prólogo o «Discurso preliminar» que el Ayuntamiento de Sevilla ha reeditado recientemente, y finalmente su gran edición anotada del *Quijote* de 1911.

Como es sabido, la obra de Cervantes ha sido objeto de muy diferentes juicios a lo largo de los siglos. El *Quijote*, por ejemplo, se leyó en su tiempo como simple libro de risa y burla, desprovisto de la trascendencia ideológica y simbólica que luego se le atribuyó. Los ilustrados del siglo XVIII mostraron ya un interés de signo más intelectual, pues lo vieron como una obra de intención didáctico-moral. Pero fueron sobre todo los eruditos decimonónicos quienes otorgaron al genial escritor un papel angular en la historia literaria española. Floreció así en la segunda mitad del siglo pasado un activo cervantismo, que si en no pocos casos derivó en menuda devoción erudita y hasta en vana ostentación localista (si Cervantes era de aquí o de allá, si había vivido en este o en aquel lugar...), contribuyó grandemente al conocimiento documental de la vida y la obra de Cervantes y posibilitó ese otro cervantismo más interpretativo e ideológico que trajeron los hombres del 98 (Unamuno, Azorín, Maeztu) y otros autores más jóvenes como Ortega y Gasset. Pues bien, Rodríguez Marín se sitúa en la vanguardia de ese primer cervantismo de corte erudito y documental, que le lleva a redactar miles de papeletas con las informaciones más variadas. Informaciones que incluye en las notas a pie de página de su monumental *Quijote* y que, a pesar de su procedencia erudita, tienen algo que siempre caracterizó los escritos de don Francisco: amenidad, gracia, facilidad para ser leídos, capacidad para llegar a todos los lectores. Dice en el prólogo: «Escribo mis notas mirando antes a los que saben poco que a los que mucho saben: que por esto es para los más la presente edición del *Quijote*. Por tanto, no se me enojen los muy doctos al ver escrito en ellas lo que sabido se tienen, y den gracias a Dios, que los hizo sabios, y no quejas a mí, que no lo soy y que nada pretendo enseñarles».

Palabras de modestia que no dicen del todo la verdad pues la sabiduría de don Francisco fue muy grande. Y si brilló en la edición del *Quijote*, donde más evidente se hizo fue en la edición y estudio de *Rinconete y Cortadillo*. El prólogo o estudio preliminar es, desde luego, una obra maestra que supone la ilación de un verdadero arsenal de datos sobre la vida sevillana de la segunda mitad del XVI y principios del XVII, un sinfín de recurrencias literarias, historiográficas y socio-

lógicas que diseñan un atractivo cuadro de aquella urbe, entonces poderoso enclave de la Enseñanza austríaca y puerta del Imperio americano. Sorprenden la riqueza y variedad de las fuentes que maneja, los innumerables textos literarios que conoce, el ingente material recogido en los archivos. La ciudad desfila así ante nuestros ojos como en un atractivo caleidoscopio movido por la galanura literaria de don Francisco, que tenía el don de la amenidad, y cuyo estilo literario, levemente arcaizante, hace el milagro de aliviar la natural pesadez de los datos eruditos. La actividad política local, el trajín de las calles, su pintoresca tipología humana, el mundo de la cultura y la Universidad, el estado del comercio, el mundo del hampa y la prostitución, la vida de los pícaros... y un sinfín de menudos detalles del pulso cotidiano de la Sevilla imperial son objeto de amorosa atención y sabroso comentario por la mente siempre ágil de un hombre de letras que supo aunar como pocos sabiduría y gracia, información y amenidad, rigor científico y garbosa escritura.

En este cincuenta aniversario de su muerte la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en colaboración con el Excmo. Ayuntamiento de Osuna, ha querido honrar la memoria de quien tanto hizo por las letras españolas y sevillanas del pasado. En la memoria de todos lo que nos dedicamos a la investigación y al estudio de la lengua y la literatura españolas, la venerable figura de don Francisco Rodríguez Marín quedará siempre como un alto ejemplo de laboriosidad intelectual, vivo apasionamiento por el hallazgo del dato erudito que aclara un punto oscuro o ilumina un problema del texto literario, atención permanente a toda fuente informativa, trabajo sostenido, y sobre todo un apasionado amor por el acervo folklórico de Andalucía y por los grandes textos literarios del Siglo de Oro. Amor que hizo el milagro de envolver lo que podía parecer seca y desabrida erudición en la galanura de un estilo que hoy, a los cincuenta años de su muerte, podemos leer con envidiable amenidad.